

I

JUAN JACOBO

VIDA ERRANTE É IDEALES DE VENTURA. — ROMANTICISMO EN ACCIÓN. — TEA DE INCENDIO. — EL CABALLO BLANCO.

Su tránsito por el mundo fué una triste odisea.

Vientos adversos y enconados olajes después de arrojarlo á orillas inhospitalarias lo arrastraron á islas de abundancia y relativa quietud, para atraerlo de nuevo en sus violentos torbellinos al amor del abismo, anegarlo en vértigos sin tregua y estrellarlo contra duros peñascos como un miserable indigno de la piedad humana. Parecía predestinado desde que vino al mundo á luchar

(1) Nació EDUARDO ACEVEDO DÍAZ alrededor del año 1850. Hizo sus primeros estudios en la Universidad de Montevideo, en la que recibió el título de bachiller, pasando á la Facultad de Derecho para seguir abogacía. La Revolución de 1870 encabezada por el General Aparicio, trunco sus estudios, arrastrándolo á sus filas, donde militó hasta la Paz de Abril de 1872. En esa época volvió á Montevideo donde fundó el diario *La República* al par que proseguía sus estudios jurídicos, rindiendo pruebas de Derecho Constitucional y de Gentes. Entró en 1873 á formar parte de la Redacción de *La Democracia*. Derrocado el Gobierno del doctor Ellauri de 1873, y erigidos los gobiernos personales que sucedieron á este acontecimiento, el señor Acevedo Díaz concentró todos sus esfuerzos en la propaganda de la prensa, atacando duramente á las autoridades, valiéndole sus patrióticos artículos insertos en las páginas de *La Revista Uruguaya*, prisión y destierro en Mayo del 75.

Desde el extranjero prosiguió su tarea, atacando las situaciones de fuerza creadas en su patria. Tomó parte en el movimiento revolucionario de ese año, tocándole actuar en calidad de oficial-secretario del coronel Julio Arrde, lo que no impidió que se batiera como soldado en la ruda acción de Perseverano. Fracasado el movimiento pasó con su jefe al Brasil y de allí á Buenos Aires, estableciéndose en Dolores, donde redactó *La Constitución*. Vuelto á la patria el año 1876, se hizo cargo de la dirección política de *La Democracia*, durante la administración del Coronel Latorre y su ardiente propaganda provocó en el gobierno persecuciones que le llevaron nuevamente al extranjero. Lo que la patria le negaba, se lo dió la tierra extraña. En Dolores formó su hogar, desliziándose entonces su vida en el estudio y en el silencio, merecido descanso á las fatigas de su espíritu; más tarde pasó á La Plata y Florencio

con su propio orgullo, á llevar como cadena al pie el peso de una nostalgia perpetua, á resolver en lágrimas todos sus goces y alegrías pasajeras, y á concluir con su vida en la oscuridad del último gusano.

Su historia nos lo enseña sin hogar, ni patria.

Su padre era relojero; su madre murió dejándole en pañales. No conoció caricias, ni arrulláronle cantos en la cuna. Creció como los árboles viciosos con savia mal distribuida, ramaje áspero y nutrido, corteza asediada de parásitos y tronco poderoso. A su sombra había lugar sobrado para muchos de sus émulos, para todas las hipocondrías y todas las paradojas.

Plutarco, en sus *Vidas Paralelas*, le enseñó á amar la virtud y la gloria. Richardson con sus novelas sedujo deliciosamente su espíritu, nutriendo su juventud con ilusiones no soñadas. Qué páginas para él tan encantadoras!

Y soñando sin que nadie de ello se apercibiera, pues que no asomaba á su rostro adusto y sombrío la luz de su cerebro, empezó á preocuparse de hacer algo para ganarse el pan. Como aquellos filósofos de otros siglos que empuñando el cayado y echándose el zurrón á la espalda enderezaban por el primer camino en busca de un poco de alimento en cambio de « una verdad eterna », él se lanzó al teatro de la vida sin mirar para atrás ni tener en mucha monta el presente.

Varela donde ejerció la abogacía libre, hasta que un llamado de sus hermanos de causa le trajo nuevamente á la patria y le lanzó en las corrientes tumultuosas de la política. Fundado *El Nacional* y puesto á su frente fué el censor severo del gobierno de aquel entonces. Su propaganda ardiente preparó el movimiento armado de 1897 y apenas iniciado, éste, clausuró el diario, pasando á Buenos Aires y de aquí á las filas de la Revolución. Bastante conocida es su acción coeficiente en esa guerra civil para que tratemos de historiarla. Una vez más el soldado-ciudadano mostró el temple de su alma y el fuego de sus convicciones. Hecha la Paz de Septiembre de 1897 reabrió *El Nacional*, diario que actualmente dirige. Producido el golpe de estado al que apoyó decididamente, formó parte del Consejo creado por el Presidente Provisional, siendo electo en 1898 senador por el departamento de Maldonado, cargo que hoy desempeña.

Poderoso talento, vasta erudición, ardiente fantasía, en la que se revela poeta y artista, tales son las cualidades salientes de la personalidad literaria del señor Acevedo Díaz. Ha legado á su patria la novela nativa, creando la difícil escuela americana en la que tantos fracasaron. Sus obras de un marcado realismo, son una perfecta concepción de la naturaleza americana, siendo sus descripciones las páginas más hermosas que tiene la literatura nacional. Ha escrito una serie de novelas, las que enlazadas entre sí forman la historia de pasados tiempos. *Brenha*, *Ismael*, *Urtido de Gibría*, *Nativa* y *Sabiduría* son sus libros más hermosos. Ha publicado igualmente artículos de crítica literaria é histórica en diarios y revistas, conservando sin embargo un sinnúmero de trabajos inéditos.

Púsose de escribiente de notario. A poco convino en que el oficio no era para sus gustos, y creyó que mejor los serviría entrando de aprendiz de grabador. Protestante por creencia, resuélvese á ingresar en el seminario de Turín, y de allí sale previa abjuración de su fé—católico completo. La lucha por la existencia no le permite lograr aplomo ni equilibrio; fuerzas contrarias lo sacuden y arrojan solo y desamparado en medio de los conflictos. No se aturde por eso el desgraciado! Decídese á servir de lacayo á la condesa de Verceilles; luego de camarero al conde de Gouvon; después de caballero á la reina de Cerdeña. Oficios honrosos y lucrativos! Pues que ellos nada dan sino escarnios y humillaciones, mejor es no trabajar...

Arroja entonces la librea vergonzosa, júntase con Bacle—un *gamin* de muchas libras, y determinábase con este amigo de desdicha, á la vida trashumante. Oh, la vida vagabunda, tan llena de impresiones, encantos, percances y aventuras!... Pero estaba ella, en realidad, llena de miserias, pesares, vegüenzas y oscuridades infinitas. Hecha intolerable desde los primeros pasos, vuelve los ojos al seminario de Annecy, y ocúltase allí en sus claustros, preñada su alma de angustias y rubores. La cruel fatalidad que le persigue, hace al cabo que de aquel lugar lo expulsan cómo á un incorregible ó un leproso. Qué! ¿La sociedad humana es un conjunto de instintos implacables? la tierra es un desierto? la voz que implora ayuda no tiene eco en el espacio? Parece en verdad que no existiera nadie capaz de compasión! Sin embargo, él sueña siempre en los grandes ideales y en las pasiones sublimes: la humanidad no debe juzgarse por lo poco que se alcanza á descubrir, y que tal vez no sea más que una faz traserá del grande individuo. Ya se verá, cuando él alumbré la escena con sus soberbios pensamientos, ó indique á los hombres la manera de conducirse. Tendrán que reconocer el error y enmendarse, así que el espíritu castigue recio á la carne!

Entre tanto, es preciso buscar una ocupación cualquiera para realizar con algunos recursos la obra, porque estarse lisa y llanamente al simple «espiritualismo» es como encerrarse en la torre del hambre. Consigue hacerse empleado de la oficina de catastro. Las operaciones del censo y del padrón estadístico, y

los metódicos trabajos sobre fincas rústicas y urbanas no se avienen con sus hábitos peculiares. Escapa cuanto antes de la asfixiante oficina, y métese á maestro de música. Siquiera el solfeo y las armonías podían procurarle el deleite de lo bello, un ambiente más sereno y esos halagos dulcísimos con que el arte consuela las almas enfermas. La de él lo estaba. Envolvía la por todas partes la tristeza como un tul de crespón, y á haber revestido forma típica habríasela hallado pálida, histérica y febril... El profesor de música fatígase pronto, y tira su instrumento. Madre de Waren lo llama con una sonrisa de protección á sus jardines de las Charmettes, y le tiende su blanca mano. Buena época de su existencia, esa, apesar de su hipocondría! No le faltaron el oxígeno, el sol y las aromas, dulces venturas del hogar y la poesía del eterno femenino. Pero ¿cómo era posible que él se viese libre de hondas amargas, de indecibles pesares? El dolor vino callandito y lo asacó cruelmente. Adiós hermosas Charmettes!

Recomienza su lúgubre vida errante. Vase por su tierra como un sér extraño, con mucha claridad oculta en el alma y con el corazón partido. Por doquiera, ni una sonrisa, ni un gesto de interés, ni un saludo. Es un ilustre desconocido; con lepra de miseria. Tierra, aire, luz, todo parece venirle de limosna. Hasta el cielo, á donde converjen sus ideales, aseméjasele una plancha de acero duro y frío.

Forzoso le es de todos modos, dedicarse á alguna cosa de provecho, porque vagabundo de aquí para allá, todo el mundo lo codea, lo empuja, lo salpica y hasta le clava el aguijón como á ente demás en la colmena. Todo eso era intolerable para un hombre de su dignidad. Acaso tenfa razón el pobre romántico! El solo valfa más que toda aquella muchedumbre.

Entró de preceptor, en Lyon. La enseñanza debfa ser para él un profesorado nato, una vocación indeclinable. Bello oficio lleno de encantos, instruir al que no sabe! Pensaba regocijarse mucho con ese nuevo sistema de vida. La domesticación de las almas tiernas habfa sido una de las atenciones preferentes de Cristo. «Dejad que los niños se acerquen á mí». El también quería que se le acercasen rodeados de la aureola de la inocencia, á fin

de encaminarlos por aquel sendero luminoso que él conocía, sin acordarse que para conocerlo le había sido preciso ayudar con estudios su intelecto, y que perfeccionado su intelecto raro y fecundo, no irradiaba para nadie la ilusión de la vida, sino para sí mismo, como un castigo de su sublime ingenuidad.

Pero, en medio de sus íntimas fruiciones de dómíne entusiasta asaltáronle por quinta vez con pujos irresistibles las veleidades del arte lírico, y arregló un sistema de anotación por números para la música que él creía insuperable en su género. Abandonó su misión docente, y fuese con paso firme á París, orgulloso y altivo, como quien lleva un capital en el cerebro y va mirando por encima del hombro el dantesco torbellino de la turba condenada.

La Academia de Ciencias recibió el trabajo de anotación, y pronunció luego su fallo diciendo que « no era nueva ni ingeniosa. »

Ante este fracaso, él se encogió de hombros, y puso gesto fiero á la suerte. Su valentía le propició el favor del embajador Montaignu, quien lo llevó á Venecia en calidad de secretario. Ya en el cuerpo diplomático, crecióse en rumbos, y pugnó por recojerse en sí mismo, dispuesto á hacer prevalecer su superioridad aunque se la discutiera el rey que fuese. Apesar de esparcir brillos seductores, cien percances y aventuras lo doblegan y perturban, y sin fuerza, renuncia los idilios nocturnos de los lagos con sus lunas de plata y sus cantos de gondoleros.

Vuelve á Francia...

Siempre soñando, cómpone su ópera *Las Musas Galantes*, sin duda por el gusto de hacer á las mujeres musas, y los hombres apolos. Creyendo luego que era posible la encarnación de uno de esos tipos fantásticos, ó de « espíritus » de la Hipocrene, en una modesta costurera, ofreció libaciones de agua, miel y leche á Teresa Lévasseur;—y obligándola á dejar la aguja, se casó con ella. Una costurera sencilla y caudorosa; qué luna de plata! Abriásele esplendoroso el porvenir.

Pero, las necesidas arreciaron...

Era indispensable un empleo para subvenir al consumo de la miel.

A fuerza de empeños, consigue entrar de cajero del Tesoro Nacional.

No era nada la adquisición! Guardián de la caja, puesto superior al de archivero por cuanto el olor del metal — con ser *sui-générís* se diferencia del de la polilla — como una pepita de oro de un gusanillo invisible. Libros! Nada con ellos. El cobre mismo humilde, es más llamativo — aunque huela á usurero. Y comenzó sus tareas de custodia armándose de una paciencia estoica, con ánimo de permanecer junto á su caja hasta el fin de la vida. Al poco tiempo, sin embargo llegó á pensar que aquel empleo ofrecía tentaciones no fáciles de vencer, y que por otra parte, no le dejaba tiempo suficiente para dar una mano maestra á un diccionario de música y á otro diccionario de botánica que él venía trabajando con mucho ardor. Si á esto se agrega el apresuramiento de sus superiores para desprenderse del cajero, no habrá que extrañar que él desapareciera como una sombra de la tesorería.

Y al salir contento de verse libre de tan prosaica ocupación, á la vez que de sospechas y vijilancias, casi indignado de verse oliendo á vil metal, metióse á copiador de música.

En esto por desgracia, no había veta explotable. Las llaves y escalas para todo servían, menos para abrir cofres y tomar alturas. Su mujer le refusa con frecuencia, á cuestras con sus hijos, y sin dejar de serle fiel, había llegado á convencerlo que de una costurera no era fácil hacer una décima musa, ni siquiera una lira de cuerdas de hierro.

Misero y errante siempre, regresa á Suiza...

Allí en la patria está el verbo y la esperanza y la ventura suspirada. El haberla juzgado mal y el haber él sufrido como pocos, no es razón para maldecirla. Cuántas ternuras tiene para sus hijos esa madre tan amorosa! A los malos no los quiere. Oh, nunca la gobiernan los malos! Siempre se deja acariciar por los buenos, por los virtuosos, por los immaculados, porque es concienzuda y discreta. Jamás los hijos protervos priman sobre los incorruptibles, por lo mismo que los sarracenos jamás molieron á palos á los cristianos: ella vela de hora en hora por el talento y la virtud, Suiza! *Oh, mon beau pays!*...

Vuelve, y, acochado por el infortunio tanto como por duros desengaños, reingresa en la comunidad protestante. ¿Pensaba descansar al proceder así, y se engañaba á sí mismo creyendo

burlar á su destino? Quien sabe! La tierra nativa no le recibió en brazos, aún cuando nadie como la madre debiera conocer mejor á su hijo. El vacío le rodeó, y entre las altas montañas le faltó el oxígeno. Parecieronle quizás ideales congelados sus blancas cumbres, abismos sus lagos, esqueletos sus selvas, hormigueros las muchedumbres, colmenares sucios las ciudades, quiescencias nauseabundas sus vergeles; y huyó triste y desolado.

A Paris se encamina su planta vacilante...

Desde el valle de Montmorency, otra que la Warens, Mad. d'Epinau, observa como se aniquila aquella fuerza viva en la sombra; y lo llama cariñosa, enamorada del talento como una falena de la luz. De esa vida en *L' Ermitage* brota *La Nueva Heloisa* como un resúmen de esencia y de rimas de la naturaleza. Pero, no satisfecho el escritor con tal desahogo intelectual y con la placidez de sus horas entre flores y tranquilas auras, quiso probar del fruto de carne, siquiera fuese para olvidar que había echado todos sus hijos al hospicio y que no había contraído vínculo alguno en la tierra — que no fuera el vínculo con la desgracia. Y púsose á hacer el amor á Mad. de Houdetot. Gallináceo viejo para atender con gallardía el ala, quedó en el acto al descubierto; y este amor imprudente lo hunde á los ojos de sus pocos amigos. Las pullas sangrientas de Mad. d'Epinau y los celos crueles de DIDEROT, unidos á aquel pecado, pónenlo en fuga vergonzosa.

Los señores de Luxemburgo lo hospedan en su palacio. Buena suerte que solo encontrarán el héroe de Cervantes ó Gil Blas, eso de andarse sin un cuarto por la boca de las bodegas y en roce con las talegas de escudos!

A la sombra de viejos árboles hace revivir sus utopías y ensueños y no recuerda que nadie lo haya despreciado ni perseguido. Por el contrario: esa pobre humanidad doliente que él contempla con lástima sin apercibirse que él mismo era el reflejo fiel de sus dolores, necesita encontrar el perdido camino de la fortuna; y un riego de teorías luminosas no le vendrá mal. Preciso es decirle la verdad. No hay más soberanía que la del pueblo; la sociedad es un contrato. Los hombres en estado de naturaleza se avinieron á la cohesión del esfuerzo en común: el

derecho divino consagrado por cien leyes pierde su cetro ante el derecho humano que salió intacto de las selvas y las cavernas después de disputar á tigres y leones el pleno goce del dominio. Y así meditando escribió *El contrato social* — formidable paradoja capaz de hundir imperios.

Produjo también el *Emilio* — causa ocasional de sus nuevas peregrinaciones.

El alumbramiento de *Emilio* le vale un decreto de prisión del parlamento de París. Escapa á Ginebra. En Ginebra se le condena, y el *Emilio* es quemado públicamente. Refúgiase entonces en el cantón de Neufchatel, donde en algo se le ampara. A salto de mata ó de monte, pordiosero de paz y de derecho, vagabundo temible, arador paciente en tierra de siglos pobre y cansada, espíritu rebelde á la regla del hábito, agitador constante de las almas en sentido del cambio, instrumento de demolición con más poder que un ariete para abrir un sendero á la corriente evolucionista, heraldo de principios y verdades nuevas, soñador de una república ideal capaz de hacer surgir del foco de todas las miserias los fanatismos más sublimes, no podía pretender se le concedieran muchos días de bonanza; y escribiendo sin cesar artículos, panfletos y libelos que lanzaba á luz como quien arroja el santo y seña desde una ladronera ó la mecha que ha de dar fuego al polvorín, se le expulsa de Suiza.

Adiós otra vez, tierra de lagos y montañas, en donde el espíritu romántico creyó encontrar con la región del águila la región excelza del pensamiento libre! Adiós patria de relojeros, agricultores, queseros, y demás industriales menudos, que os agitaís en los valles profundos amasando con sudor honesto la virtud republicana: Juan Jacobo como el águila caudal, remonta el vuelo hacia las cimas y nunca más vendrá á perturbar tu zona neutra con fatídicos augurios de colosal tormenta!

Y como el hombre salvaje, de que él nos habla, envuelto en su orgullo y en su soberbia como en una piel de fiera, fuéese por quinta vez errante por la Europa.

Estuvo en Berlin. Después, atravesó el Rhin y la Francia á paso furtivo á manera de presidiario que ha purgado ajenos delitos y se siente quemado por la vergüenza de vivir bajo el

rigor de la injusticia; y esta injusticia unida al odio y á la envidia lo acosan en el tránsito sin piedad, le persiguen hasta las playas del océano, lo entregan al olaje enfurecido entre cuyas espumas mujidoras se había mecido su existencia, y confiado á los vientos implacables lo arrojan éstos á las costas de Inglaterra lo mismo que á miserable despojo de un siniestro.

David Hume,—el historiador ilustre,—lo recibe fraternalmente en su residencia de Wotton. Es un hermano que llega, casi desnudo como el sabio de la Grecia al salir de la ciudad incendiada, pero en toda la plenitud de sus ideales, aunque hipocóndrico, insociable, semi-agreste, con resabios y rudezas análogas á los de su *homme sauvage*... No importa: es un privilegiado! Bajo aquel clima frío y severo escribe el primer volumen de sus *Confesiones*, como si ese clima hubiera llamado á cuentas su conciencia y condensado sus memorias, en sólidos capullos; escribe nuevos libelos, que le atraen el descontento de Hume,—ya inquieto ante los progresos de sus desequilibrios nerviosos,— y le suscitan persecuciones tenaces; y, no viendo en su orgullo en la vieja Albión sino mantos de brumas, hombres hechos de nieve y flema, y ciudades de sal gruesa, apresúrase á despedirse de sus playas, entrégase de nuevo á las olas y los vientos, y arriba pobre y desvalido á las costas de aquella Francia que había nutrido sus ideales y dado teatro á sus ambiciones.

El príncipe de Conti lo llama compadecido á su palacio de Trye; pero, el huésped que se iba haciendo insopórtable trabajado por la hipocondría, no demora mucho allí, y vase errante como el condenado de la leyenda, envidioso de la alegría de la alondra, de la audacia del gorrión y de la mísera ventura de la hormiga alada á quien nadie inhibía gozar de su poco de tierra, de aire y de luz...

Y vagabundo anda de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo; recorre solo y sintiendo el escozor de cien heridas todo el Delfinado, piensa, escribe, brilla por una hora, desaparece misterioso de cada lugar; dirige sus pasos á Paris, reposa, pugna por reincorporarse, y sacudido el polvo de su viacrucis lanza á la publicidad sus *Diálogos* y sus *Reveries*. Postreras llamaradas de su cerebro! El infortunio aerece, redobra sus golpes de do-

lor, se hace más hondo el vacío, más dilacerante la crudeza del desengaño, disminuye el fluido en la cabeza poderosa y la razón empieza á nadar en el vértigo.

Todavía hay una mano protectora para el que lucha desesperado entre agua y cielo. De Girardin se la tiende y lo lleva á Ermenonville; sigue empero el descenso, el ánimo se abate y sobreviene la muerte.

Una crónica dice que esa muerte se produjo por el veneno ó por un disparo de pistola. Otra lo niega, y lo da por extinguido bajo el peso brutal de su infortunio. Se le sepultó en la isleta de los Alamos, en el centro de un lago tranquilo.

Tal fué en síntesis, la vida de Juan Jacobo Rousseau el filósofo revolucionario y el escritor ardiente que se destaca en los primordios de la lucha, y acentúa con ruda energía el sentimiento de rebelión contra la fórmula clásica.

En el orden social y político minó la omnipotencia de los reyes y dió armas á las muchedumbres. Sus ideas se abrieron paso en la masa como dardos de fuego, dejando en pos las chispas precursoras de un incendio pavoroso. A sus ensueños románticos, adunó las pasiones sin freno, que convocó á la lucha rompiendo todo lazo de disciplina y desertando á la regla con gritos de combate. Los instintos terribles que bramaban en todos los pechos como hienas aherrajadas en sus jaulas, mucho tuvieron que agradecerle. El había evocado al hombre primitivo en mágico conjuro, para que se irguiese y arrojase sobre todas las grandezas el polvo de los siglos; para que opusiera en toda su ruda magestad el derecho humano á los privilegios de la monarquía y del feudo; y la paradoja se hizo verdad en el alma de las turbas, la ficción se hizo carne y hueso para los que concentraban rabias y odios letales. Sobre las multitudes flotarón los ensueños de una vida mejor; y bajo su planta uniforme y maciza como un muñón de elefante, quedó aplastado todo lo que había brillado con poder fascinador desde la real corona hasta el escudo del último caballero. La libertad fué un delirio, la igualdad arrasó todo lo saliente, la fraternidad puso al mismo nivel todos los instintos. Juan Jacobo llegó á resurgir casi divinizado en medio del desorden, y su efigiealzada muy en alto dominando las ruinas, fué símbolo de una humanidad nueva...

Digna era la obra de quien nunca dudó de la utopía, sin haber jamás descendido al análisis de la miseria humana al favor de la ciencia inquisidora; y lógica era la consecuencia de los gritos airados y de la protesta perenne de quien nunca conoció la paz del alma!

Las muchedumbres que viven de emociones pasionales y no de verdades científicas, porque sufren, y el sufrimiento reclama acción y estallido, recogieron la utopía como una tea incendiaria, el grito de cólera como un toque de carga y la protesta como un himno inmortal del derecho. Hízose por doquiera la ruina; y el nombre de Rousseau atravesando los mares, como una nave sin brújula al favor de la corriente y de un viento clavado de tempestad, fué conocido en América como una fórmula final de combate y sacrificio.

Deista, creyente sincero del dogma eterno, soñador de dichas perdurables, polemista duro y soberbio, escritor de estilo brillante y armonioso, talento vasto capaz de aventurarse en todos los rumbos del pensamiento con la audacia de la luz, espíritu rebelde á la disciplina clásica cuanto era de expansivo y contagioso para el alma pasional del vulgo, corazón lleno de alientos pero también de sensibilidad superflua en armonía con su índole candorosa,—Juan Jacobo Rousseau fué en su tiempo el representante conspicuo de la reacción contra las reglas consagradas en literatura, el tronco robusto de la filiación romántica, así como del doble punto de vista social y político, fué el generador de teorías que debían dar en tierra con la unidad individual prepotente en nombre de la soberanía del número.

Sin dejar de tener sus conexiones de detalle, cuán distinta sin embargo la vida, y que diferentes fueron los medios y la acción de propaganda de su émulo y coetáneo Dionisio Diderot!

No es posible hablar de los dos sin traer al recuerdo aquella imagen que el filósofo griego presentaba bajo la forma de un tronco de coreceles; blanco el uno, negro el otro, unidos por lazo indisoluble y flotando en los aires: símbolo el primero de anhelos inexplicables é ideales vagorosos, y emblema el segundo de la realidad amarga y del dolor positivo. En vano — con las crines revueltas, las narices dilatadas y el ojo encendido;

—romántico corcel! — el blanco puja por lanzarse al infinito, como si fuera propio perderse en el vacío y servir á nadie de satélite sin provecho ni beneficio. El caballo negro con el ala firme, tendido el cuello, hinchados los músculos por el esfuerzo; — bizarra caballería! — puja para abajo buscando por instinto noble la corteza sólida en que ha de afirmar los cascos. La cordura del intento parece centuplicar sus fuerzas, pues raro es el instinto que supera al de propia conservación; y por el hecho, como se dice en el arte, el blanco habrá de ceder á la larga antes que le sobrevenga la cinchera.

Hemos visto como el hijo de un relojero, ascendió á la región de los ideales y de las utopías, donde los espíritus superiores se mueren de nostalgia, y como caracterizó la rebelión romántica contra el clasicismo, dando como el pelcano á la prole, de su próspera savia á la humanidad hambrienta.

Ahora veremos como el hijo de un cuchillero, descendió á los recónditos de la ciencia oscura para buscar la regla exacta, el análisis « vivo y seco », y exhibir la verdad desnuda á la masa ignorante, reaccionando en cuanto á los medios, contra la tendencia vencedora á que había contribuido. El hijo del cuchillero no quiso librar nada á la fantasía, al vuelo romántico, ni aún su esperanza más risueña; sino á la observación y al experimento dentro de la rebelión romántica, racional, cuerda, amarga, sin fosforescencias fugaces ni prestigios maravillosos, despojada de encantos, como una octogenaria de ilusiones; y por eso, faltando á la prédica la emoción pasional, su influencia fué menos sensible que la de Rousseau en el medio ambiente de su época, pero de mayor proyección en el espacio y en el tiempo.

II

DIDEROT

SISTEMA DE TANTEO. — DICHA POSITIVA. — LA REGLA CIENTÍFICA Y EL ANÁLISIS SECO. — ARADOR PROFUNDO. — EL CABALLO NEGRO.

No se trata ya aquí de hermosos ensueños y de utopías más ó menos deslumbradoras, explotadas como armas necesarias para

conmover los cimientos del viejo edificio social. Las ideas espiritualistas, las teorías abstractas y los brillos de imaginación van á ceder su puesto á otro orden de principios y de tendencias metódicas. De Juan Jacobo pasamos á Diderot; como si dijéramos: del obrero que se ajita febriciente bajo el sol estival, al minero que trabaja en el fondo de los pozos.

Sabido es que producida la insurrección contra el clasicismo, manifestáronse decirse puede, sobre el campo de la victoria dos propensiones acentuadas del espíritu: la de los retóricos, que se preocupaban de la forma y del estilo para dominar con la magia de sus galas y la pasión de sus frases; y la de los analíticos, que solo tenían en cuenta la viveza, la sequedad y la precisión. De aquí que, hiriendo más directamente el sentido popular, y desde luego todos los entusiasmos inherentes á la naturaleza humana, los retóricos imperasen en la escena—con un llamamiento perpetuo a los odios ó á los amores, según la índole propia y el alcance de la prédica. Los analíticos, trabajadores pacientes y concienzudos, no podían luchar con ventaja contra la corriente, y los efectos de su obra no eran tan sensibles que trascendieran al público y alcanzaran éxito en el sentido que ellos querían dar á la evolución literaria.

Si bien compañeros en el esfuerzo contra el clasicismo, unos y otros discreparon luego profundamente acerca de los medios á emplearse en la nueva obra y del objetivo mismo de la rebelión triunfante. Los retóricos calcaron sus teorías y su propaganda en la filosofía espiritualista, dando al deísmo una inmixción exagerada en las cosas del mundo, pábulo á todas las ilusiones de la vida, alas á la mente para sustraerla á la realidad palpitante; y hasta un aspecto de poético martirio al que sufría las consecuencias de su pecado ó de sus propios yerros. El bien y el mal tenían sus encarnaciones correctas, conforme á la lógica de escuela, y la fantasía soñadora se permitía extraviarse como el poeta en la selva oscura para sorprender los misterios de ultra-tumba.

Los analíticos se mantuvieron firmes, por su parte, en el terreno que consideraban sólido, creyendo que la marcha de lo conocido hacia lo desconocido era la conveniente con sujeción á reglas que debían proporcionar la observación y el experimento. No

negaban á Dios, desde luego, sinó la utilidad de discutirlo; los efectos debían estudiarse en si mismos, antes de investigar sus causas; el suelo antes que el cielo; la vida humana antes que la scráfica; las leyes de la materia orgánica con preferencia á la de una teodisca eternamente nebulosa.

Verdad es, repetimos, que románticos y naturalistas no eran más que frutos maduros de una misma evolución que ellos venían siguiendo á impulso de la ley fatal del cambio, para sufrir al fin unos y otros las consecuencias de la misma crisis purgadora que los había hecho dueños de la escena. Por manera que, factores activos de un movimiento que tenía su arranque inicial en época más apartada y que venía desenvolviéndose lentamente en la sombra, con todos los caracteres singulares que el espíritu humano elabora sus cosmogonías, no podían pretender la paternidad exclusiva de una obra anónima, vasta y compleja, y sí limitarse á proseguirla conforme á las tendencias distintivas de cada grupo. Pensadores fueron los de uno y otro campo, no bien definidos éstos todavía; pero discreparon en punto á lógica. Las mentiras envueltas en rico ropaje; la fé, el amor, la virtud presentadas en forma de idilios; el sacrificio, la abnegación suprema preconizados como actos comunes y frecuentes de la vida, singularizaron desde los primeros tiempos la labor romántica, propiciándole las simpatías del conjunto herido en su sensibilidad estética por un himno permanente á lo bello y lo sublime.

Del otro lado, cambiaba por completo el criterio y el aspecto de las cosas. Todo lo noble y lo grande, con ser la excepción, desaparecía bajo el cúmulo de fealdades y miserias, de instintos y apetitos desordenados de la masa, inquieta siempre por su destino, primando en ella con el sentimiento de conservación propio la crudeza del egoismo, la desigualdad de clase, el orgullo de raza, la bajeza de origen, la injusticia cruel, el dolor ignorado y los dramas palpitantes del crimen.

Todo esto, naturalmente, quedó de relieve, después; pero en la época á que nos referimos tuvo su germen y su principio de desarrollo.

Rousseau representó la tendencia romántica; y su amigo Diderot la llamada naturalista. Uno y otro son los antepasados de

la evolución literaria que aún prosigue, y constituye su doble tronco.

Por eso Zola, al rechazar la afirmación de que él era ó pretendía erigirse en jefe de escuela, ha dicho:

« La verdad, es sin embargo, muy sencilla. Soy crítico y nada más. Como crítico, he estudiado nuestra literatura contemporánea, y forzosamente me he preocupado de su origen y del fin á que parece dirigirse. En mis estudios, lo que me ha interesado sobre todo, es la evolución general de las inteligencias, esa gran corriente que se produce en una sociedad bajo influencia de las causas humanas ó históricas. Y de este modo me he visto llevado, partiendo del siglo XVIII, á demostrar la evolución naturalista, que se declaró primero por la insurrección romántica, y que hoy día parece llegar al empleo, en las letras, de los métodos científicos de observación ó de experimento. »

Á fines del siglo XVIII, — Diderot, en realidad, puso empeño en la aplicación de esos métodos, aún cuando pudiera tachársele de ilógico en algunos de sus juicios. Quería « el retorno á la naturaleza », según la frase del famoso escritor.

Sabido es que Diderot, era de origen humilde, y que recibió su primera educación en una comunidad religiosa. Los buenos padres que abrieron su espíritu á la luz, lejos estuvieron quizás de conocer la fertilidad de la tierra en que echaban la semilla.

Disciplinada algo más su inteligencia en el colegio de Harcour, y libre de vínculos escolares empiezan para él las agitaciones de la vida y con ellas los tanteos del talento que busca colocarse convenientemente en el terreno de la lucha.

El estudio de un procurador, en que al principio se ejercita, no le llena con su ambiente; conflictos domésticos lo alejan de los suyos; y al aislarse confiado en sus fuerzas propias, pónelas en juego, abriendo cursos de idiomas y ciencias exactas.

Contrae enlace luego, con una joven de familia oscura. Comienza entonces la labor obligada; el ingenio entra en actividad, se aguza, se desenvuelve, y á medida que adquiere elasticidad y fuerza, acrecen sus anhelos y osadías. Hace traducciones, escribe sobre el mérito y la virtud, diserta sobre otros temas filosóficos, y

ocúrresele su epístola acerca *des aveugles*. El « absoluto » como principio y como verdad recibe un golpe rudo en este libro, que no solo le atrae el disfavor de Voltaire, sino que le acarrea como consecuencia un encierro en Vincennes.

Libre, ensaya el drama en la escena francesa, pero, sus grandes trabajos fueron los emprendidos en compañía de D' Alembert. En la Enciclopedia dejó su rastro de luz. Ciertas traducciones del inglés, dieron motivo á la obra, que bien luego aumentó extraordinariamente sus dimensiones. El prospecto y el sistema de los humanos conocimientos, fueron frutos de Diderot. El concurso de cien inteligencias cubre las páginas con múltiples temas; y, perturbada la serenidad de los maestros y de los sabios ante aquella irrupción de cosas, ideas y teorías, verdadera bandada de golondrinas en pleno invierno, se produce un grave disturbio en el dominio de las letras. D' Alembert abandona la trulla al sentir el viento tempestuoso, y deja solo á su compañero en los andamios del edificio, que estaba aún lejos de su coronamiento. Aquella obra de extraña arquitectura sublevaban en efecto todas las resistencias de la vieja escuela, ó del clasicismo, en cierto modo degenerado, pero, lejos de quebrantar ellas los bríos de Diderot, que recibe impávido y rechaza todos los golpes, como el joven soldado que siente orear por primera vez sus sienes por el trémulo puño de su bandera, lós increpan y levantan trasmitiéndoles enérgico aliento. Personajes ilustres le estimulan. La Pompadour hace con él, lo que otras hicieron con su amigo Rousseau; tiéndelê su mano perfumada y llena de promesas. Estos cuerpos entregados al placer, suelen encerrar entusiasmos delicados. La aturdida vida sensual paga así también su tributo al talento, si quiera sea para olvidar un poco las torpezas del instinto!

Con semejante apoyo, el laborioso escritor llevó á la cima su empresa, solo en la tarea; pasó examen á todos los parágrafos, corrigió muchos ó hizo otros nuevos. La Enciclopedia salió de sus manos de cuerpo entero, por encanto ó magia de su poderosa inteligencia, como una cosmogonía índica. Las artes, especialmente las mecánicas, tuvieron en la obra su lugar distinguido. Para formar conciencia plena de de ellas, no le fueron bastantes los libros con sus teorías más ó menos luminosas; él quiso por sí mis-

mo hacer una verdad de las lecciones sobre objetos, de la enseñanza por los ojos, partiendo del principio sepultado en el olvido hacia dos mil años — *nihil est in intellectu quod prius...* — principio incorporado como exacto á la pedagogía moderna; y, lógico con el método que se había impuesto, cortando las alas á la fantasía, recorrió talleres, fábricas y obradores, examinando todo en sus menores detalles por largos días y noches. La observación y experimento hábil y pacientemente aplicados, lo pusieron al fin en aptitudes para emprender el trabajo de desmenuzamiento y de recomposición de todo lo relativo á las artes útiles.

Mientras su íntimo Juan Jacobo se iba errante de pueblo en pueblo, buscando cumbres como el águila, ó pugnando en las alas de la mente enardecida por levantarse del suelo, cuyo nivel le parecía bajo y miserable, á semejanza del corcel blanco de la alegoría griega; él, Diderot, se aplastaba más á la tierra, pidiendo la clave de sus secretos á la madre-naturaleza: sondaba lo desconocido, y como el corcel negro de la misma imagen platónica, concentraba todos sus esfuerzos en sentido de afirmarse en la costra sólida y resoplar contento en el polvo, para esparcir á todos los rumbos la verdad de la materia en átomos luminosos. Juan Jacobo se lanzaba fuera de su atmósfera, dejando en pos estelas brillantes que seducían la mirada de las muchedumbres con la atracción irresistible de los fenómenos celestes; Diderot se asemejaba á esas lámparas de claridad azulada y fija que alumbran las profundidades en donde el ojo experto descubre la verdad oculta, el brazo incansable ahonda la mina y la mano inteligente extrae del lodo y los guijarros el diamante envuelto en greda.

El uno representa los anhelos grandes y vagos del espíritu sin tipo conocido, de emoción pasional, pero nada coherentes con la realidad de la vida; el otro encarnaba la aspiración al cambio por la natural virtud del esfuerzo humano, por el estudio de los hechos positivos y la coherencia de la ayuda propia con los medios científicos de mejoramiento.

Verdad es que Diderot, en medio de tantos afanes y desvelos no se hizo opulento, pero en cambio logró en mucha parte esa tranquilidad relativa de que no disfrutó su amigo Rousseau,

por cuyos altos vuelos llegó él, sin embargo, á sentir un poco de envidia. En circunstancias difíciles Diderot puso en venta sus libros; y esta resolución fué adoptada cuando su nombre tenía verdadero valimiento en el mundo de las letras. El cálculo, ó la suerte, favorecióle hasta en la calidad de comprador. Este comprador fué la célebre czarina de Rusia, Catalina II, quien para hacer más ruidosa su oferta, impuso á Diderot la condición de aceptar el puesto de director de la biblioteca de San Petersburgo. Rehusóse el filósofo á esta honra; pero, presentóse en la corte moscovita á manifestar su gratitud á aquella otra dama encantadora, que buscaba en el amor al genio una compensación á las íntimas tristezas que en pos dejaban las pasiones ardorosas. Todavía al regreso, el afortunado Diderot evitóse un exceso de complacencia; pues que, estando el gran Federico, en Berlin, á acecho de su ilustre persona, con buenos deseos de abrazarlo y seducirlo, él prefirió á este beso y abrazo dar un rodeo, trayendo sin duda en sus labios el dejo gratísimo de envidiables deliquios.

Ya en Paris, púsose de nuevo á la obra. Diversas producciones brotaron de su pluma, y entre ellas algunas novelas en cuyas páginas campea el espíritu analítico, sutil y vigoroso. Su último esfuerzo fué para Séneca y los tiempos de Nerón.

Cuando esta grande energía se extinguió, los métodos científicos de que echó mano para sus obras, solo vivían en ella, y quedaron dentro de la misma evolución como moldes únicos de una fórmula que el tiempo debía madurar. El reinado del romanticismo con sus innegables esplendores, mantuvo la tendencia contraria en la sombra; hasta que, disipada la embriaguez lírica al soplo continuo de la realidad amarga, efectuóse el « retorno á la naturaleza » y la crítica exigente fué á buscar en los viejos archivos el documento humano que pusiera de relieve el principio, la razón y la lógica del movimiento evolucionista.

Sentado esto, explícase uno claramente por que el crítico—no el novelista—Emilio Zola, reconoce como antepasados á Diderot y á Rousseau, para demostrar que el naturalismo y el romanticismo parten ambos del mismo sentimiento de rebelión contra la fórmula clásica.

Y, echando una mirada á fondo sobre retóricos y analíticos, define las respectivas posiciones de esta manera:

« Filosóficamente los románticos se detienen ante el deísmo, conservan un absoluto y un ideal: no son ya los dogmas rígidos del catolicismo, es una heregía vaga, la heregía lírica de Hugo y de Renán, que pone á Dios en todas partes y no le deja en ninguna. Los naturalistas, por el contrario, van hasta la ciencia; niegan todo absoluto y no es el ideal para ellos más que lo desconocido que tienen obligación de estudiar y conocer; en una palabra, lejos de negar á Dios, lejos de aminorarlo, lo reservan como la última solución que está en el fondo de los problemas humanos. Esta es la batalla. »

Y sigue en todas partes oyéndose el rumor de esta batalla, que tiene en suspenso los ánimos y preocupados los espíritus; por cuanto la teoría nueva de suyo expansiva y avasalladora, ha llegado á penetrar hasta en los mismos dominios del derecho, abriendo con los estudios antropológicos vías no exploradas al criterio jurídico y ofreciendo más sólidas bases á la sanción penal.

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ.